

Candela

María de Miguel*

Mi nombre es Candela. Me encanta hacer los recados a plena luz del día, corriendo con mis merceditas granates y mi pichi amarillo. Ya en la tienda de ultramarinos todo lo elijo en función de su color, y la lista de la compra rueda arrugada en una bola blanca, se aleja, adiós. Los destellos malaquita de los aguacates, el rojo cereza atrapado en las guindas, el azafrán y su reflejo solar. Todo me atrae con sus ráfagas de luz pintada. Juego a convertir la cesta en un prisma de colores complementarios, siempre obediente a la cosecha y a la estación del año. Mi vida se sucede en un desfile iluminado de primaveras verdirrojas, veranos dorados, otoños pardos, inviernos blancos. Las uvas moradas, las aceitunas negras. Los nísperos, ambarinos. Repleto el capazo, regreso corriendo a casa, con mis merceditas granates y mi pichi amarillo.



Pero no me paso todo el día comprando. También elevo castillos de naipes combinando reversos y versos, oros y bastos; guardo luciérnagas desorientadas en mi cajita de lentejuelas, para seguir con la mirada las motas encendidas que dejan tras de sí cuando recobran la libertad; leo encandilada «Caperucita roja» y sueño con inventar el color de la ilusión. La ilusión. Por no hablar de cómo disfruto los domingos, cuando me dedico a hurgar en los bolsos de las señoras mientras comulgan; añado así a mi archivo cromático nuevos pigmentos de carmín, que solo las vidrieras de la iglesia borran de mis ojos de color de mar. Y qué decir de mi forma de vestir. Tres vestidos tengo, bordados en nido de abeja, y los tres azules: cobalto, de Prusia y turquesa. Puro lapislázuli.

Hay días, los más, en que veo las cosas de color de rosa, de rosa de los vientos, y otros en que mi mundo se torna gris. Gris clarito. Me pongo roja de vergüenza, morada a comer pescado azul y me pierden las naranjas sanguinas; observo en otras manos el blanco de las uñas, pongo verde a mi profesor de matemáticas y las reuniones con mis primos acaban convirtiéndose en una merienda de negros. Sobre todo cuando, para sacarme los colores, todos me llaman al unísono: «¡Atómica!», y papá les corrige pacientemente, procurando que yo no lo oiga: «A ver si os aprendéis la palabra. Candela es daltónica, no atómica».

*Bióloga especialista y traductora. Universidad Pompeu Fabra, Barcelona. Dirección para correspondencia: mmiguel4@yahoo.es.